

punta; los ojos serían hermosos si no llevase tapado uno con un *monóculo*; las narices son chatas, el pelo escaso, los dientes malos...

Me preguntó urbanamente el objeto de mi visita y si era yo parienta del banquero Jecker, persona que el Emperador honra con su amistad.

— Oh, el gran Juan; ¡qué financiero tan eminente! Y aunque ahora es víctima de las maldades del gobierno de tunantes, malvados y pícaros, adueñado desgraciadamente de este hermoso país, yo juro que no quedará impune esa infamia, y que mi amigo reconquistará su fortuna, pese á quien pese... No se burla así la fe de un hombre á quien el Emperador dispensa su confianza... Pero ya usted sabe, señora; el plan de estos bellacos, es retardar los negocios y dar excusas y hacer ofrecimientos y firmar tratados para no cumplir nada.

Al llegar aquí ya tenía Saligny el rostro congestionado, los ojos brillantes y la cólera pintada en cuanto decía.

Luego que le informé del asunto que me llevaba ante él, vi que cambiaba el gesto y que empezaba á sonreír haciendo señales de conformidad. Cuando hablé de que podía darle un millón de duros si me ayudaba con su influencia y con sus consejos, su cara era tan placentera que parecía la de otro hombre. Dejé en sus manos los papeles que me había prestado Moncalián, á saber: el testamento de don



José Díez y la lista de las propiedades, con especificación de su área antigua y los nombres de los poseedores actuales, á fin de que consultara el caso con abogados.

Luego que hubimos concluido, me dijo Saligny que se había figurado por las señas que daba en mi carta que

vivía en la vecindad de la Legación. Le contesté que sí y me dijo con deferencia.

— Entonces, señora, debe usted de tener noticia del horrible atentado contra mi persona... Ya usted sabrá que Porfirio García de León, jefe de la policía de México, tiene comisión expresa de Juárez para asesinar me el primer día que sea posible... Él pagó á un desalmado para que disparara un tiro sobre mí la noche que celebraban esa batalla que ganaron sus gentes contra las tropas del gobierno de Zuloaga, que es tan legítimo como éste.

Pero en verdad que no lograrán su objeto. No se asesina con tanta facilidad á un enviado del Emperador, y México existiría hasta el momento en que vinieran todas las escuadras de mi país y todos sus ejércitos á vengar injuria semejante.

Era tal mi estado de excitación, era tan crecido mi agradecimiento á S. E., ejercía tal influjo sobre mí aquel cuarto en que estaban el escudo francés, los retratos de los Emperadores y tantos atributos del cargo que servía mi interlocutor, que me parece contesté que no sólo había visto la procesión, sino que hasta conocía á quien había hecho el disparo: un bellaco alto él, de barba corrida, corbata roja, sombrero de fieltro, varita flexible y bizzo del izquierdo.

Estaba segura de que ese tipo había empuñado una pistola de Colt y había soltado un tiro con dirección á la casa

del señor Ministro; pero ignoraba si había hecho blanco y aun si había querido herir á alguien.

— Ese, ese bandido, es el que me describen cuantos me hablan del atentado... ¿Es moreno, verdad?

— Diga S. E. que negro.

— ¿De mala cara?

— Patibularia.

— ¿Tiene una gran cicatriz?

— Le coge todo el rostro.

— ¿Su edad será de cuarenta años?

— Algo más...

— ¿Pertenece á las gavillas de Carbajal?

— Y á las de Rojas.

— Ya le tengo; ya le tengo. Es el mismo, el mismo sujeto que me describen Courtois, Aimable, Lions, Béllier, Pons, De l'homme y todos los fieles súbditos del Emperador, que han celebrado no haya producido su efecto la brutal acometida... ¿Podría usted, señora, firmar este *rapport*, en que han puesto sus firmas casi todos los franceses de la plaza?

Y como si me hubieran cogido las manos é impulsádomé á firmar, puse todo mi nombre en un papel que no leí ni sé qué contenía.

Me despedí de S. E., que tuvo la dignación de alabar mi cuerpo, semejante, según él y otras muchas personas, al de S. M. la Emperatriz de los franceses, y de decirme

que tenía un acento tan elegante y tan perfecto, que más bien parecía parisiense *qu'une des ces sales mexicaines*.

30 de Agosto. ¿Qué pasará? Ni Moncalián me escribe, ni Saligny me manda á llamar, ni nadie se acuerda de mí. El primo aseguró que me enviaría muy en breve noticias por correo; el ministro dijo que me daría nueva cita á los dos ó tres días, luego que su abogado hubiera visto los documentos. ¿Habrá sido tan adverso el dictamen del asesor que ni siquiera cree conveniente Saligny desengañarme diciéndome que mi pretensión es una insensatez? No sé qué voy á hacer para salir de este mar de dudas y de contradicciones...

La misma fecha. Ahora tengo sobre mí otro disgustillo. Una de las vecinas ha venido á decirme que mi hija, que *Génie* es novia del chico mayor del licenciado de los Olivos. ¡Vaya un disparate! ¿Qué noviazgo es posible entre un mocosuelo que todavía no cumple los veinte años, y una chiquilla que apenas tiene catorce? Esas son invenciones de esta gentuza desocupada y chismosa, que no tiene en cuenta las circunstancias, pues *Génie* es suficientemente listilla para comprender que no puede tener con gentes notoriamente inferiores á ella, nada que pase de amistad.

Bueno sería que una Ubiarco y Bracamonte se relajara hasta pensar en unirse á unos pobres descalzos, precisa-

mente cuando ella está á punto de ser la más rica heredera de México.

Pero como la precaución no es inútil, vale la pena de saber si hay algo, que, aunque sea caprichillo ó juguete, convenga desarraigar.

31 de Agosto. Hoy me escribió el señor conde Dubois de Saligny citándome para mañana, pues dice tener asunto importante que comunicarme. Me envía los papeles que había puesto en sus manos. Al fin saldré de esta espantosa indecisión en que me hallo; pero confieso que abrigo muy pocas esperanzas, pues me da malísima espina lo de que me devuelva el señor conde los documentos que había dejado en su poder.

En fin, vale cien mil veces más estar condenado que vegetar en el limbo.

1.º de Septiembre. No poseo libros para leer, y por eso me atengo á la menguada biblioteca de mi amigo el licenciado de Caballero. Como nada sé de *Solórzano, Política indiana*; de *Marina, Teoría de las Cortes*; de *Murillo, de Testamentos*; de *Pereira, de Manuregia*, de *Alvarez, Derecho Español*, ni de *Salmacio, de Julio Claro* ó del *Conde de la Cañada*, que es lo que llena los dos librerillos del buen rábulo, tomé el otro día las *Novelas Ejemplares* de Cervantes, que no había leído nunca, á la inversa del *Quijote* que sé

casi de memoria. Abrí al azar el libro, y encontré en *El coloquio de los perros* esta sentencia, que me parece hecha para mí:

Volverán en su forma verdadera:
cuando vieren con presta diligencia
derribar los soberbios levantados,
y alzar á los humildes abatidos
con poderosa mano para hacerlo.

¡Oh, Dios mío! si por tan ocultos caminos me revelas tu voluntad, ¿habré de creer que me abandonas? Ante tu parecer tan claramente manifiesto, nada habrá que me detenga, y si Saligny me echa el pleito en contra, ya veré á quién ocurro. ¿Por qué he de dejar que se pierda lo que es mío, teniendo una hija que podría más tarde quejarse de mi inercia? Todo por mi hija, señor de Israel, todo por mi hija... y un poquito por mí, que tanto he padecido, que he pasado tanto y que tanto gusto de las cosas bellas y gratas que creaste tú ó que los hombres fabrican.

Porque, bien visto todo, eso de gustar del lujo no me parece tan pecaminoso ni tan atroz como creen los puritanos de la religión católica. Querer gozar de espectáculos bellos, sentir placer en que nos rodeen el mármol y el oro, el jaspe y el mosaico; mostrar satisfacción al tocar la seda y el terciopelo; experimentar goce beatífico al ver las pinturas en que parece brotar la vida de la naturaleza y las

esculturas que muestran ennoblecido el tipo humano; gustar de los vasos, las porcelanas, los tapices, los brocados y los hermosos versos, ¿no es amar á Dios, admirar las obras más exquisitas del hombre, del hombre que es la más exquisita obra de Dios?

Más tarde. Día completo. Hoy volvió Moncalián de su excursión á Occidente. Trae la mar de papeles ratonados, amarillos, medio rotos, con caracteres imposibles de entenderse. Yo apenas leí en los legajos: *Don Francisco Feyxoo y Centellas... Don Martín de Zavala... Don Carlos, por la divina clemencia rey de Castilla, de León, de Aragón... Don Juan de Camargo y Paz, juez privativo de ventas y composiciones en el reino de la Galicia, Provincias de Avalos, Tzinaloa, Sonora, la Nueva Vizcaya y provincias subalternadas...*

Mas, parece que esos papelotes por los cuales un cohetero no daría una peseta, contienen lo necesario para comprobar mi derecho con toda la amplitud y claridad que puede pretender el juez más quisquilloso y exigente.

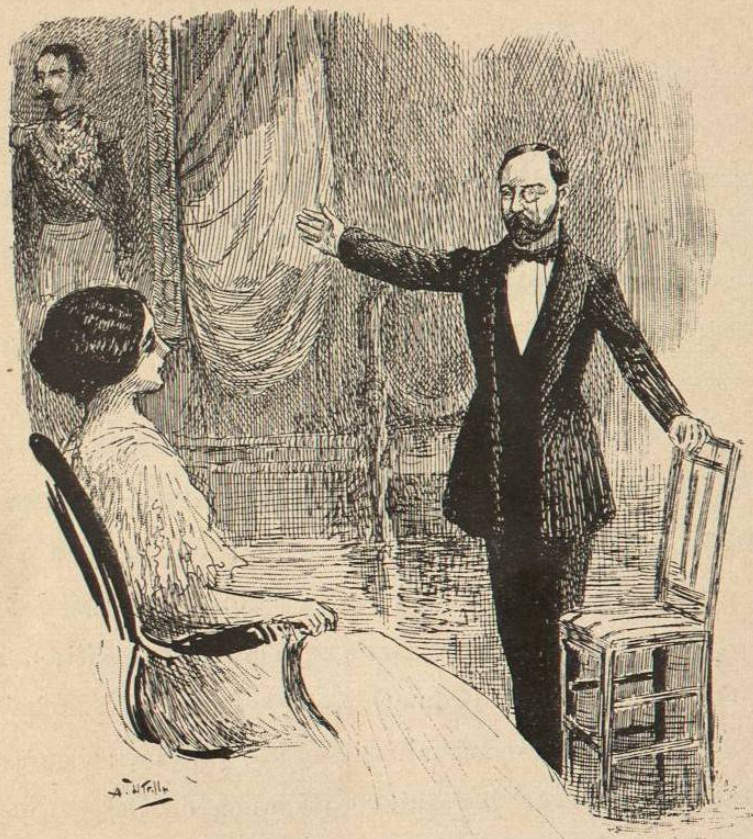
También trajo el primo un libro forrado en badana, que es nada menos que el protocolo original del escribano Froilán Castillo. Vamos á hacer ingresar ese mamotreto en el archivo, y cuando sea menester sacaremos el testimonio del poder que mi abuelito otorgó en favor del padre Díez.

Por la noche. ¿Quién será el zanguango que ha extendido la voz de que el señor Saligny es un ogro que se come á los niños crudos? Severo, de continente señorial, amante de marcar las distancias que median entre la gentecilla de poco mas ó menos que se le acerca y su persona, que tanto es y tanto representa, puede ser visto como orgulloso y altivo; pero en realidad es el hombre mejor del mundo. Voy á borrar las líneas que escribí tocantes á él, pues son injustas é inexactas, como que se basaron en pésimos informes.

Me recibió con la sonrisa en los labios, me obligó á sentarme en el sitio mejor, me aseguró que se había enterado de mis papeles y acabó diciendo:

— Y bien, señora; yo me decido á tomar á usted bajo mi protección; desde hoy la cubre el pabellón de Francia y se halla bajo la égida de S. M. Napoleón III. — Y señaló al testero de la sala, donde estaban la bandera francesa y el retrato del Emperador...

Los derechos de usted me parecen indudables, asentó mientras se acomodaba el *monóculo*; pero cuán difíciles de comprobarse ante estos tribunales en que falla las más altas cuestiones un hato de gentes sin talento y sin pudor... ¡Oh, si esto tuviera que decidirse en cualquiera de los *parquets* en que se imparte justicia á nombre del Emperador!... Pero no, aquí es donde ha de resolverse todo, y hay que procurar que se resuelva lo mejor posible...



— Quizás, balbuceé, el influjo de V. E. cerca de Juárez...

— Juárez (pronunciaba Iuaréz), ¡puah! Juárez es el jefe de estos tunantes, el que por su propio derecho les manda y gobierna... De Juárez no hay que esperar nada, nada sino mala fe é iniquidad... ¿Qué cree usted que se ha hecho en el famoso asunto del disparo que me dirigie-

ron? Un pastel, un inundo pastel... Ha venido declarando el juez á quien se encomendó la averiguación, que no hubo disparos, que no hubo muertas, que no hubo gritos subversivos, que no hubo nada; y se ha sujetado á tormento á súbditos franceses para que declaren lo que pretende esta absurda oligarquía... Y eso cuando usted y otras muchas personas han visto disparar el balazo y conocen al criminal, y podrían señalarle y tocarle con la mano.

(Me siento espantada al saber que puedo hacer esas cosas, cuando á la hora de los gritos descansaba en mi cama.)

— Pero no solamente á esa herencia tiene usted derecho, señora; también lo tiene á recibir su legítima fortuna, perdida ó comprometida gravementé por la bribonería del gobierno actual. Si Juan Bautista, su cuñado, lograra recuperar los quince millones de pesos que le debe este país, usted, no sólo volvería á ser rica, sino que encontraría su caudal aumentado en una proporción asombrosa... El interés de usted está, pues, en que se pague á Jecker y en que muden las cosas aquí para que recupere lo que le corresponde por la herencia de su antepasado... Usted se ha servido ofrecerme un millón de duros si me hacía cargo de su reclamación y la llevaba á buen puerto; yo aceptaría si no fuera que estos negocillos los hago de común acuerdo con un alto personaje que es

quien en realidad se encarga de correr todos los trámites cerca de S. M....

— Me dirá usted que cómo el Emperador interviene en la decisión de negocios mexicanos, y á eso le respondo que no puedo decirle nada en concreto, pero que el hecho es exacto... Si usted se compromete á dar á cierta persona el 30 por 100 de lo que obtenga por cualquiera de los capitales que reclama, yo me obligo á mi vez, á nombre de ese alto personaje, á apoyar á usted hasta lograr que reconquiste lo que es suyo.

Me deshice en protestas, ofreciendo lo que me pedían y asegurando estaba dispuesta, si era menester, á firmar escrituras públicas.

— Ahora bien, señora, continuó el ministro; nuestra conveniencia y la conveniencia pública, en esta vez de perfecto acuerdo, exigen que venga abajo el estado de cosas que rige ahora. Para arreglar en Europa algo de lo que falta, necesito una persona... una persona... una persona...

— ¿Hábil? pregunté.

— Sí; y además...

— ¿Lista?

— Sí.

— ¿Conocedora del medio?

— Sí.

— ¿Ligada por relaciones amistosas á gente de allá?...

— Sí; pero también la quisiera...

— ¿Osada?

— Sí, sí...

— ¿Procaz?

— Sí, sí, sí...

— ¿Hermosa si fuera mujer y atractiva y dominadora si fuera hombre?... ¿Cree V. E. que pudiera yo desempeñar esa misión?

— Se lo iba á proponer, señora; pero temí no le conviniere á usted... Son tan pacatas las mexicanas, que pensé podía ofenderse... Bien que usted no puede considerarse mexicana más que por el hecho pasajero de su nacimiento... Pues bien, ya que se decide, saldrá en el paquete del seis... Poco le queda para hacer sus preparativos; apresúrese usted, y como ha de necesitar dinero, aquí están dos mil pesos que le pueden servir para el pasaje y para la compra de cosas indispensables á una señora distinguida y hermosa que se marcha tan lejos... Vuelva usted los días que guste para lo que se le ofrezca; mientras, prepararé yo las cartas que debe llevar...

Salí del despacho cantando y riendo. Encontré muy simpático al ujier que me abría la puerta; preciosos los cuadros que estaban en el corredor; llena de luz la calle, y hasta alegre y comfortable mi pobre vivienda... La miraba como debe de ver su cárcel la crisálida pronta á convertirse en mariposa; como debe de ver al cuerpo que

la ha acompañado el alma que se escapa á la bienaventuranza...

Adiós, miseria fría; adiós, escaseces y penas; adiós, vecinos chismosos y sin gracia; adiós, toda mi vida de tristeza y horror. Quedaos allí; yo me voy á lo grande, á lo elevado, á lo noble, á donde me llaman mi nacimiento, mi educación y mis inclinaciones. Quedaos allí...

